

## La mentira como sistema

**A**UNQUE sea doloroso decirlo, la falsedad está cada vez más aceptada como cosa normal en nuestra sociedad. Si empezamos por el mundo de la telecomunicación, hallamos sistemas audiovisuales que precisamente pretenden mostrar una realidad imaginaria e irreal. Lo que se llama realidad virtual no pretender mentir, pero nos aproxima a una actitud donde parece que lo verdadero es secundario frente a lo imaginado. Esto mismo sucede, salvando las distancias, en las campañas electorales. El verdadero proyecto político de un partido no se conoce de forma explícita. Incluso los líderes políticos defienden encendidamente los programas que presumiblemente no van a cumplir. Pero lo más grave no es esto sino que como ciudadanos aceptamos esta práctica como habitual. En el fondo, la mentira entra sutilmente a formar parte del sistema.

Ya desde antiguo han aparecido diferentes apreciaciones sobre la falta de sinceridad entre los seres humanos. Tucídides, en **La guerra del Peloponeso** (III, 83), afirmaba que el amor a la verdad nunca había constituido una virtud entre los griegos. Este tipo de comportamiento humano se ha plasmado también en la mitología. Ahí el engaño aparecía en las relaciones entre los dioses y los hombres, como Palas Atenea que traiciona

*a Héctor y ama a Ulises por ser mentiroso. Todas las culturas han tratado este tema, tanto desde narraciones como desde la moral. En la Biblia, encontramos una condena explícita de la mentira (Ex 23, 11) y, a la vez, hechos como el de Abrahán, en el que la mentira le sirve para evitar una posible amenaza por parte del faraón.*

*Volviendo a nuestra sociedad, nos seguimos tropezando con este fenómeno. En el campo de la política, encontramos la mentira, en unos casos, como defensa del interés común y, en otros casos, como búsqueda del propio beneficio. En el primero, se compromete al Estado, ya que se cree indebidamente que «el fin justifica los medios», aunque éstos falten a la verdad y a la transparencia que ha de fundamentar todo Estado democrático. En el segundo caso, la mentira se transforma en un modo de pervertir los bienes de utilidad pública y corromper las relaciones sociales, provocando una mayor desconfianza ante las estructuras y sus máximos responsables.*

**TAMBIÉN** *el mundo laboral y económico sufre un deterioro parecido al tener que luchar por mantener el preciado puesto de trabajo o la competitividad de la propia empresa frente a otras. Aquí la verdad se endulza para conseguir los objetivos personales o empresariales. Incluso J. K. Galbraith comenta que en los estudios sobre el dinero «se emplea la complejidad para disfrazar o eludir la verdad, no para revelarla». En definitiva, tanto en la política como en la economía, la mentira es un medio para mantener la seguridad de uno o de la institución a la que se representa.*

*Ahora bien, podríamos sentirnos ajenos a la situación ya que, en general, toca más a los ámbitos públicos de las relaciones sociales. Sin embargo, esta situación se deja notar en la vida cotidiana. Como botón de muestra, el cine, inspirado en la literatura, nos acerca a esta situación. Simplemente, al recorrer ciertos títulos lo*

encontramos: «Mentiras arriesgadas», «Secretos y mentiras»,...

*En primer lugar, la mentira se manifiesta en el lenguaje, en la **palabra**. Hasta hace poco, la palabra era la persona. Uno podría dar su palabra porque, en el fondo, se empeñaba él mismo. En el mundo cultural judío, la palabra se identificaba con la persona que la pronunciaba y no se podía nunca disociar. Pero la palabra se ha independizado del individuo, no forma parte de su ser.*

*AL romperse la relación entre la palabra y la fuente de su ser, podemos utilizar el lenguaje de forma arbitraria y poco comprometida, siempre que sostenga la fachada exterior. Es más, el lenguaje ha perdido densidad hasta el punto de que se puede hablar durante horas, sin decir nada, o al menos sin comunicar aquello que está detrás de la careta. El lenguaje deja de representar la raíz profunda de cada uno para someterse a la esclavitud de la apariencia, donde la mentira puede aparecer sin disimulos. En este sentido, los patrones de la verdad se han transformado ya que no pretenden reflejar la realidad sino tan sólo el cascarón exterior en los que se disimulan los fracasos agrandando los éxitos.*

*En nuestro mundo postindustrial, uno se manifiesta, no en sus palabras sino en la **imagen**. Desde pequeño, en las relaciones sociales importa más lo que parece que lo que es. La proliferación de teléfonos móviles, en muchos casos, obedece a querer parecer más de lo que uno puede llegar a ser. Incluso engañamos frecuentemente presentándonos a nosotros mismos con éxitos, con logros conseguidos, con metas altas alcanzadas,... como si nuestra vida fuera única y exclusivamente ir alcanzando premios. Cuando esto es así, la mentira se manifiesta para ocultar las propias miserias o fracasos, que no tendrían tanta importancia si se estableciera una mayor transparencia desde la realidad, aunque presente aristas.*

*Deliberada o indeliberadamente, proyectamos o ampliamos lo que queremos que los demás vean en nosotros, sea real o irreal.*

*SI lo que uno transmite es más imagen que verdad, aparece el aislamiento. La falta de **comunicación interpersonal** profunda genera una creciente soledad, aunque sea en medio de multitud de relaciones sociales. Nuestra vida urbana acentúa esta visión superficial de uno mismo y de los demás. La gente no encuentra un lugar donde poder manifestarse a fondo, desconfiando incluso de la propia relación de pareja, como muestra la película «Adosados» de Mario Camus (1996), donde se provoca un juego creciente de mentiras encadenadas sin fin. Quizá la solución se encuentra en descubrir algún ámbito donde uno puede ser escuchado tal como es, sin miedos ni defensas. De hecho, cada vez más la gente acude al psicólogo o incluso al Teléfono de la esperanza, buscando un lugar donde manifestarse en verdad, acogiendo todo lo humano, con sus triunfos y fracasos.*

*Para terminar, la mayor dificultad para responder a este conjunto de situaciones, la encontramos en la conocida ausencia de una **moral** que asiente los comportamientos humanos cotidianos. No se trata de volver al octavo mandamiento sin más, o a penalizar la mentira. Sería más importante caminar hacia la búsqueda de la verdad como vocación humana central en el día a día, sabiendo que nunca la acabaremos de encontrar del todo. El simple hecho de caminar por esta vía conducirá a un modo de vida auténtico, donde se pueden plantear las relaciones sin ningún tipo de máscaras, defensas o miedos. Siendo amantes de la verdad, tanto pública como privada, se puede llegar a construir una cultura más auténtica y coherente.*